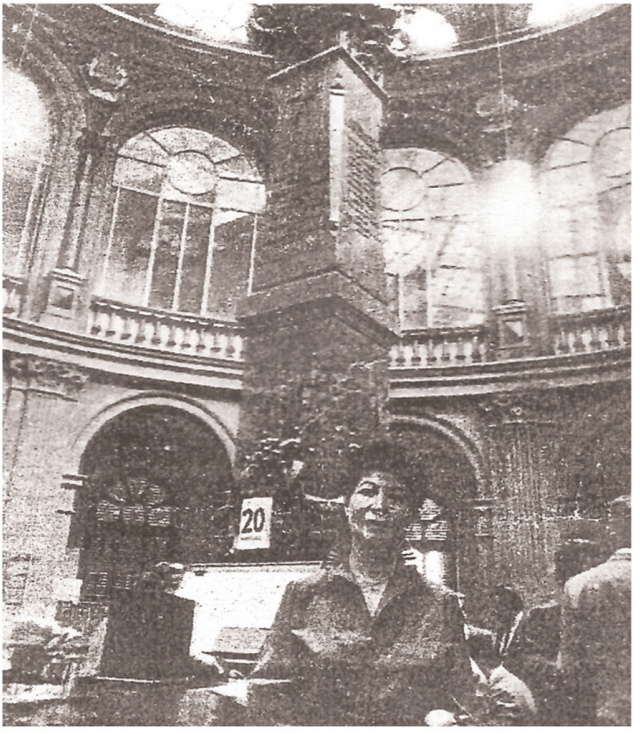
¿QUÉ HACÍAS TÚ EN TIEMPOS DE CRISIS EN LA BOLSA DE MADRID?

CONCHITA GAMARRA ALCALDE



Vision Libros

¿QUÉ HACÍAS TÚ EN TIEMPOS DE CRISIS EN LA BOLSA DE MADRID?

CONCHITA GAMARRA ALCALDE

¿QUÉ HACÍAS TÚ EN TIEMPOS DE CRISIS EN LA BOLSA DE MADRID?

Vision Libros

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2012 ¿QUÉ HACÍAS TÚ EN TIEMPOS DE CRISIS EN LA BOLSA DE MADRID?
© CONCHITA GAMARRA ALCALDE
© 2012 Editorial: Vision Libros
C/ Magnolias 35 bis 28029 Madrid. España
Web: www.visionlibros.es Tel: 0034 91 3117696

ISBN papel: 978-84-9011-441-4
ISBN ebook: 978-84-9011-442-1
Depósito legal: M-26335-2012

Disponible en papel y ebook
www.visionlibros.com
www.terrabooks.com

Pedidos a:
pedidos@visionnet.es

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a:
subscripción@visionnet.es



ANÉCDOTAS Y VIVENCIAS EN LA BOLSA DE MADRID

Este libro no tiene otra pretensión que la de ser leído, despacio, con el corazón abierto y profundizar en su contenido sencillamente y dejarse llevar. Nací en Villa-Fruela, provincia de Burgos, en 1924. Los años pasados me han ido acercando a la Verdad, a lo duradero...y mirar más a las cosas del Cielo que a lo terreno.

He tenido muchos vaivenes en mi vida, tanto en lo económico como en lo personal. Todo me ha dejado huella y hoy veo que ha sido todo para bien, como dice San Pablo.

Me presento como "ama de casa". Me gusta. Así lo hacía cuando en alguna entrevista me preguntaban por mis estudios o profesión. Llegué a la Bolsa de Madrid en el año 1973, con el mayor desconocimiento de lo que era el nominal o un entero. No sabía nada de nada. Pero un día me dije: "Hoy soy el cordero, mañana seré el pastor".

Ya antes de la muerte de Franco, la Bolsa comenzaba a tener graves altibajos. La necesidad agudiza la inteligencia y saca fuera lo impensable. Permanecí durante catorce años, sí, para recuperar algo de lo mucho que los gestores en los que habíamos confiado habían perdido. Había carreras que estudiar por parte de mis hijos y un etcétera más inherente a la posición que en todos los sentidos manteníamos en Burgos. El Señor, mi Señor, en el que he confiado siempre, quiso que como yo me había vaticinado, fuese pastor para aquellas supermujeres que, al llegar a Bolsa, me encontré.

Mi honestidad y sinceridad hicieron que día a día mi prestigio se fuera reconociendo y en las entrevistas que durante estos años me hicieron revistas como Actualidad Económica y otras, que con fotos acompañaban a mi historia dentro del parqué de la Bolsa. Recuerdo unas declaraciones que hice a la Cadena Ser el día del expolio a Ruiz Mateos. Periódicos como La Vanguardia, Cinco Días y otros. Conocí a grandes personajes de la economía del momento, como Rafael Termes, poderoso hombre de banca por su inteligencia y buen hacer, y tantos otros que pasaron de presidentes de empresa a políticos.

Muchas cosas tendría que contar, pero temo alargarme y cansaros con mi aparente vanidad. En alguna de mis entrevistas dije que en la Bolsa había nacido en mí una mujer desconocida; pero, mejor; las circunstancias hacían que aflorara la humanidad y la humildad. Nunca engañé a nadie en un ambiente en el que se vive de la mentira, donde no era fácil, pero esa decisión la tomé cuando lo viví en mis propias carnes. Jamás devolví el mal, al contrario, devolver el bien me hacía crecer. Todos, casi mil personas entonces en el parqué, confiaban en mí. Entonces, había en el parqué de Madrid como agentes de transacción de valores, de bolsa, creo que sesenta y tantos, con los que

yo trabajaba directamente en mis transacciones de bolsa. Siempre depositaron su confianza en mí y "jamás me preguntaron el dinero que tenía para pagarles" Yo me sentía querida y todos me ayudaban. Las cosas dentro de la Bolsa, en aquella época, funcionaban de otra manera. Era más de tú a tú.

Una de mis últimas entrevistas fue cuando salió el periódico Expansión. Creo que fue en abril o mayo de 1986. No sé cómo se hicieron con mi foto, pero el día 17 de junio de 1986 me hicieron una entrevista, y como titular pusieron: "Conchita Gamarra, "ama de casa" ¡.No es momento de vender ¡ Y continuaba: "A Conchita Gamarra le gusta presentarse como ama de casa, a pesar de ser una de las personas cuya opinión bursátil es más solicitada en el parqué de Madrid. Mujer decidida, acude habitualmente al edificio de la plaza de la Lealtad". Desde hace catorce años.

Es la entrevista que mejor define mi personalidad, porque, en su contexto, había mucha responsabilidad en mis respuestas. Lo cierto fue que fueron acertadas. ¡En ese momento estábamos en 185, y yo auguraba que pasaríamos de los doscientos! ¡Se veía muy difícil y cerró a doscientos ocho!

Así fue, como reconocimiento a mi honradez y lealtad, una empresa que diariamente cotiza en Bolsa, me pidió que la representase. ¡Tuve gran asombro! No se conocía a ninguna mujer que tuviese ese cargo de responsabilidad en un mercado de valores, ni en España ni en ninguna otra Bolsa en aquella época. Acepté; se hicieron los trámites necesarios y llegó el día de la presentación de la documentación para la aceptación de mi nuevo cargo. Aun conservo la documentación.

Pero el Señor, mi Señor, tenía otros planes para mí y, como a san Pablo, me tiró del caballo. A la entrada de la Bolsa había quedado con el Consejero Delegado de la empresa que iba a representar en Bolsa, y tardaba los minutos que permite de retraso la educación.

A mi marido, cuando me había ido a la Bolsa, no le había encontrado muy bien de salud y decidí que si negocio era hoy, mañana también lo sería, cogi un taxi y volví a casa pensando en si había hecho bien no esperar al Consejero... pero mi marido en mi era prioritario .Llegue a casa... Mi marido estaba sentado en su sillón y muerto. Había fallecido una hora antes. Al verle y. ante la impotencia y la nada que sentí en ese momento pensé que no merecía la pena la lucha por el dinero, el honor, y la gloria, renuncie a todo. Y lo deje a los pies de el SEÑOR y a los de mi marido, dinero, honor y gloria... .algo que yo ansiaba para no solo recuperar el dinero, ¡esperaba superarlo! en juego limpio. Pero el SEÑOR ES MI SEÑOR... nos cuida y sabe lo que nos conviene, LE DEJÉ HACER EN MÍ.

Casada, con tres hijos. Cristina, la mayor, se casó muy joven con un oficial de la Marina de Guerra destinado en Cartagena. El hecho empezó a cambiar el rumbo de la familia y pensé en acercarme lo más posible a ellos. Rafael, el segundo, debía estudiar una carrera y aconsejaban los jesuitas que ICAI en Madrid, ingenieros industriales con mucha garantía de salir con trabajo. Alberto, el tercero, tenía doce años y no habría problemas para encontrar un buen colegio para él. Rafael padre estaba muy delicado del corazón, porque el tabaco y los puros que siempre había fumado le habían llevado a un estado de taquicardias frecuentes y era para mí fuente de constante preocupación. Así que decidimos dejar los negocios en Burgos e instalarnos en Madrid en septiembre de 1973. Rafael iniciaba la carrera de ingeniero y a los ventidós años la terminó y

Alberto seguía sus estudios en padre Claret. En una ocasión en la que vinimos desde Burgos a una consulta con el doctor Castro Fariñas, le preguntó que qué fumaba y mi marido le contestó "Puros Santocristo...Los cigarrillos los he dejado y de los puros no me trago el humo..." e iba a continuar cuando Castro Fariñas le dijo muy serio: "Cada puro que se fuma usted son diez cigarrillos a la vez, así que si no deja de fumar, no quiero verle más en esta consulta".

En Burgos Rafael tenía un secretario que le llevaba las cosas, entre ellas el manejo del dinero, que aconsejó invertir en Bolsa. Nos pareció bien diversificar y, como se decía entonces, con una cartera de valores respetable en la mano y con la coincidencia de que él se iba a trabajar a un banco de Bilbao, se afianzó la decisión de trasladarnos a Madrid. Con él nunca habíamos hablado de lo que era el nominal de las acciones ni los enteros ni de subidas ni bajadas. Al llegar a Madrid, pusimos en manos de unos gestores jóvenes de uno de los primeros bancos nuestra cartera de valores. En 1974 empezaron a caer nuestras acciones y veíamos que los gestores no hacían nada o muy poco para salir de una situación de pérdida continuada. No se atrevieron a vender a tiempo y produjeron grandes pérdidas; un error que nosotros pagamos caro. Así que un día decidimos Rafael y yo ir a Bolsa. Había mucha gente... Tiene una barandilla rodeando el Parqué interior, donde en ese momento se cotizaba, a las 11:10 de la mañana, Teléfonica. A los que se apoyan en la barandilla les llaman banderilleros. Suelen ser inversores particulares, que a través de los agentes que con sus respectivos apoderados y dependientes, hacen la contratación del valor que les interesaba. Yo me fijaba, por aquel entonces, que desconocía el cometido de cada uno dentro del Parqué, quién me parecía más rápido, más serio, mejor vestido y que me diera mayor confianza, pues debía dejarle los ahorros de

la familia y cuidarlos, porque ya solo viviríamos de las rentas, pues habíamos dejado los negocios en Burgos.

Rafael y yo estábamos asustados. Veíamos que los resultados eran cada vez más negativos y los gestores no vendían. ¡Había que hacer algo¡. Y ese algo consistía e llevarnos la cartera de valores a un agente de prestigio en la misma Bolsa. Pero tampoco daba los resultados esperados

Fue duro tomar una determinación, porque dadas las circunstancias de salud de mi marido, que no podía ni pensar ir a Bolsa, dado que enseguida sufría del corazón, tuve que tomar yo esa responsabilidad sobre mis hombros, a pesar de que todo me sonaba a Chino, desconocido y difícil.

En la Bolsa de Madrid estaba entonces llena de gente, inversores o no, curiosos venidos de otras provincias. Recuerdo a unos recién casados.

Presidentes de empresa vigilantes a pesar de tener cada uno su cuidador responsable de seguir el valor frente a subidas y bajadas. También coincidí con ministros y personalidades que durante la sesión les gustaba enterarse y me preguntaban de cómo... "va". "¿Qué haces? ¿Qué has hecho tú?", Suponían estas preguntas que si había comprado o vendido, o también si estaba sin hacer nada, es decir, sin comprar o vender ningún valor.

Estaba Iriondo Mendieta "el primer y mejor periodista de Bolsa" que desde el primer día que fui sola a Bolsa y estaba aterrada, me dijo: "Eres una gran señora. No te fíes absolutamente de nadie. Esto es un juego y hay mucha mentira". Le contesté que yo no mentiría nunca. Se lo dije, que así iba a ser, Y lo cumplí. Esto me valió para dar credibilidad a mi persona.

Podría contar mil anécdotas. Han sido catorce años de día a día en la Bolsa. La primera la sufrí yo a los dos días de estar en el Parqué. Yo era bien parecida, como se decía antiguamente, y con buen cuerpo. Siempre bien vestida y, con gusto, según decían. Así que enseguida llamé la atención y un señor alto, joven, guapo se puso junto a mí en la barandilla. Sentí su mano en mi hombro y le miré tranquila, diciéndole: "¿No se habrá equivocado usted de sitio?" Bastó, pienso yo, que correría la voz entre los asiduos para informarles que "a mí, ni tocarme". Nos ayudamos en algunas operaciones. Después de unos años, él se fue a la Bolsa de Barcelona.

A los pocos días de estar en Bolsa, conocí a cuatro supermujeres, como yo las llamaba. Las veía ir y venir de un mostrador a otro (así se llamaban los pequeños despachos que tiene cada agente ocupando su sitio en el parqué). Lo hacían después de cotizados los valores. Iban a ver si para tal o cual valor había quedado dinero o papel. Según si había dinero, al apoderado le pedirían que si podía darle algunas acciones si le quedaban, porque casi seguro que al día siguiente subirían. Ahora, si había quedado papel, pues pretendían vender las acciones que ya tenían para no perder. Si tenían, por necesidad, que vender al día siguiente, le pedían al apoderado que se las comprara (se decía "que se las cogiera").

Ahora, visto desde la distancia de los años, el cambiazo de cómo se opera en Bolsa en aquel tiempo era impensable, aunque se hablaba mucho de los Fondos de Inversión, que por aquel entonces no se habían constituido todavía en España. Como lo vivíamos el día a día, tenía emoción para nosotras, por los logros como mujeres conseguidos y por sus beneficios. Nos hicimos amigas; alguien les sopló que yo, además de tener dinero, se me tenía por una mujer inteligente en Burgos. Lo cierto es que me aceptaron

mejor. Me quedé de pastor con ellas y hacíamos muchas operaciones consultándonos unas a otras y aprovechando cada una sus influencias. Angelita, con su gorro blanco, decía que su padre le había dado bastantes acciones después de casada y un día le dijo a su marido: "Yo quiero saber cómo puedo ganar dinero con ellas". Y se fue a la bolsa. Angelita ganaba dinero con sus acciones y dijo adiós al ama de casa. Su marido enfermó, vendió lo que tenia, y cuando murió volvió a la Bolsa, pero las cosas ya no eran igual y decidió vender acciones y comprar inmobiliarias. El cambio fue, en ese momento, la mejor opción. Nieves y Pepita sabían que Angelita iba a Bolsa y que tenía suerte. Aconsejadas por el marido de Pepi, que les dijo: "Id vosotras a ver qué pasa por allí", quedaron con Angelita para ir un día. Nieves, casada con un empleado del Banco Popular, tenía unas acciones de "la López Quesada" y quería ver lo que hacía con ellas. Nieves es muy despierta y gallega, de buen hacer. Me ayudó mucho en los comienzos y todas nos hicimos grandes amigas. Lolota, llegó poco tiempo después que Nieves y Pepita, también gallega, ágil, graciosa y atrevida, cuando la pregunté (ella no se acordará), "¿Puedo ir con vosotras a tomar café?". Abajo, en el sótano, había una cafetería donde después de terminar la sesión de contratación nos juntábamos para cambiar impresiones. Es ahí donde yo quería bajar con ellas. A mi pregunta me contestó, mirándome de arriba abajo: "Puedes venir, pero no te vamos a hacer caso". Es en este momento es cuando me dije "¡Me voy con ellas! ¡Hoy soy el cordero, mañana seré el pastor!". Y al poco tiempo, así sucedió. Era yo la que llevaba las riendas de lo que pensaba que convenía hacer. También estaba Pepita, buena persona, siempre prudente y callada. Escuchaba y hacía. Soledad o Sole, era farmacéutica casada con un inspector de Hacienda también se arriesgaba... pero ella iba por su lado.